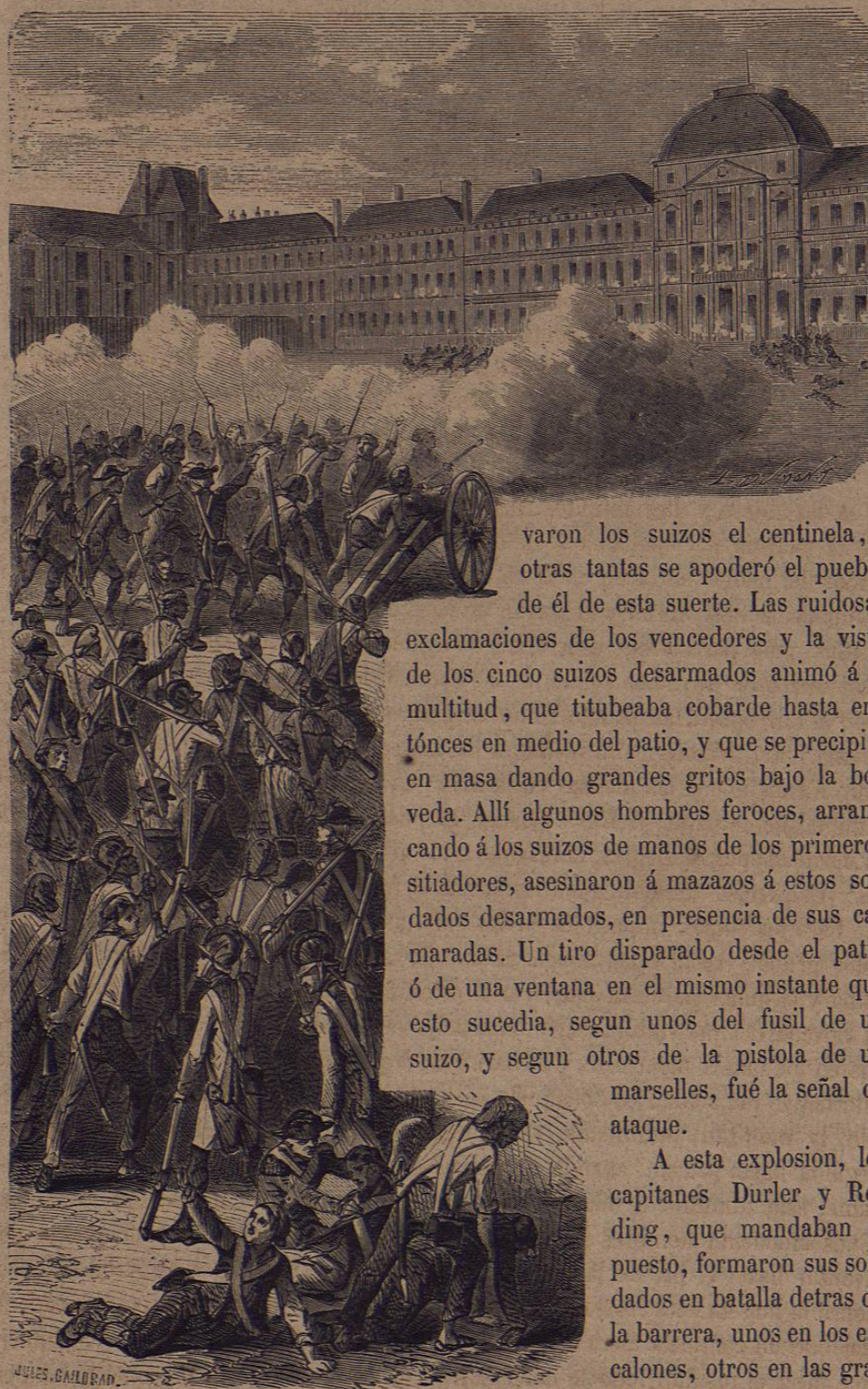


ninguno de ejecutar. El tiempo devoraba estos vanos consejos, y las fuerzas disminuían. Doscientos suizos con Mr. Bachmann, el estado mayor y trescientos guardias nacionales de los más resueltos, habían seguido al rey á la Asamblea y esperaban sus órdenes á las puertas del Picadero; no quedando en el interior de las Tullerías más que setecientos suizos, doscientos nobles mal armados, y unos cien guardias nacionales; en todo unos mil combatientes diseminados en una multitud de puestos. En los jardines y en los patios había aún algunos batallones desordenados y la artillería, que estaba dispuesta á volver los cañones contra palacio; pero la intrépida actitud de los suizos y las paredes solas de aquel edificio, que con tanta frecuencia se había pintado como el foco de las conspiraciones y el arsenal del despotismo, inspiraron al pueblo tal terror, que aflojó en su embestida.

VI

A las nueve y diez minutos, las puertas del patio Real fueron forzadas, sin que la guardia nacional hiciese ninguna demostración para defenderlas. Algunos grupos del pueblo entraron en el patio, pero sin aproximarse al palacio. Los contendientes se observaron y cruzaron de lejos algunas palabras que nada tenían de hostiles, pues parecía que esperaban de comun acuerdo lo que la Asamblea decidiese acerca del rey. Las columnas del arrabal de San Antonio aún no habían llegado al Carrousel; tan pronto como empezaron á salir del dique y á desembocar en esta plaza, Westermann mandó á los marseleses que le siguiesen, entró el primero á caballo con las pistolas en la mano en el patio, y formó su tropa despacio y militarmente dando frente á palacio. El pueblo prorumpió al ver esta maniobra en aclamaciones de alegría, abrazando á los artilleros y gritando: «¡Mueran los suizos! ¡Es preciso que entreguen las armas al pueblo!»

Pero los suizos, impasibles en las puertas y en las ventanas del palacio, oían estos gritos y veían estas amenazas sin dar ninguna señal de emoción. La disciplina y el honor parecían petrificar á estos soldados; sus centinelas puestos bajo la bóveda del peristilo paseaban con tanta serenidad como si estuviesen de guardia en los patios silenciosos y solitarios de Versalles. Cada vez que con este paso alternativo del soldado de centinela se aproximaban al patio y á la vista del pueblo, la multitud, intimidada, se replegaba sobre los marseleses, volviendo en seguida hácia palacio, cuando los suizos desaparecían bajo el vestíbulo. No obstante, esta multitud se hacía audaz poco á poco, aproximándose más cada vez. Unos cincuenta hombres de los arrabales y algunos federados concluyeron por avanzar hasta el pié de la escalera principal. Los suizos se replegaron entonces sobre la meseta y los escalones separados del peristilo por una barrera de madera, dejando un centinela fuera de ella. Este tenía orden de no hacer fuego; cualquiera que fuese el insulto, todo lo debía sufrir con paciencia, y la sangre no debía deramarse por tan poco. La longanimidad de los suizos envalentonó á los sitiadores, y el combate empezó por un juego; la risa preludió la muerte. Dos hombres del pueblo, armados con unas largas alabardas con las cuchillas retorcidas, se acercaron al centinela y le cogieron por el uniforme ó por el cinturón con el gancho de la alabarda, atrayéndole con fuerza hácia sí, con estrepitosas risotadas de alegría de la multitud, y entonces le desarmaron y le hicieron prisionero. Cinco veces rele-



Ataque general de las Tullerías.—Pág. 510.

varon los suizos el centinela, y otras tantas se apoderó el pueblo de él de esta suerte. Las ruidosas exclamaciones de los vencedores y la vista de los cinco suizos desarmados animó á la multitud, que titubeaba cobarde hasta entonces en medio del patio, y que se precipitó en masa dando grandes gritos bajo la bóveda. Allí algunos hombres feroces, arrancando á los suizos de manos de los primeros sitiadores, asesinaron á mazazos á estos soldados desarmados, en presencia de sus camaradas. Un tiro disparado desde el patio ó de una ventana en el mismo instante que esto sucedía, según unos del fusil de un suizo, y según otros de la pistola de un marseles, fué la señal de ataque.

A esta explosión, los capitanes Durler y Redding, que mandaban el puesto, formaron sus soldados en batalla detrás de la barrera, unos en los escalones, otros en las gradas de la capilla que los domina, y el resto en los

losas del vestíbulo. Uno de los tiros hirió á un hombre de una estatura gigantesca y muy grueso, que acababa de asesinar él solo á cuatro de los centinelas desarmados; el asesino cayó á su vez sobre los cadáveres de sus víctimas, y la multitud espantada huyó en desorden hasta el Carrousel. Unos tiros disparados desde las ventanas rechazaron al pueblo hasta la plaza. La artillería del Carrousel respondió á esta descarga, pero sus proyectiles, mal dirigidos, fueron á dar en los tejados. El patio Real quedó vacío y sembrado de fusiles, de picas y de gorras granaderas. Los fugitivos se deslizaron á lo largo de las tapias, al abrigo de las garitas de los centinelas de caballería. Algunos se tiraron al suelo fingiéndose muertos, y los artilleros abandonaron sus piezas arrastrados por el pánico general.

A este aspecto, los suizos bajaron en masa de la escalera principal, y se dividieron en dos columnas; la una, mandada por Mr. de Salis, salió por la puerta del jardín para ir á apoderarse de los dos cañones que estaban en la puerta del Picadero, y traerlos á palacio; la otra, en número de ciento veinte hombres y algunos guardias nacionales, á las órdenes de Mrs. de Durler y Pfyffer, desembocó por el patio Real, pasando sobre los cadáveres degollados de sus camaradas. La sola aparición de los soldados en aquel patio bastó para que los sitiadores lo desocupasen, apoderándose la tropa de cuatro piezas abandonadas, que llevó bajo la bóveda del vestíbulo, pero que no les pudieron servir por falta de municiones y lanzafuegos.

El capitán Durler, viendo desocupado el patio, penetró en el Carrousel por la puerta Real, formó el cuadro é hizo fuego por tres frentes de él sobre la plaza. El pueblo, los federados y los marseleses se replegaron á los diques y á las calles, comunicando un movimiento de reflujo y de terror que llegó hasta la casa de la ciudad, y áun hasta los baluartes.

Mientras que estas dos columnas recorrían el Carrousel, ochenta suizos, unos cien nobles voluntarios y treinta guardias nacionales se formaron en columna espontáneamente al otro lado de palacio, bajaron por la escalera del pabellon de Flora, y volaron en socorro de sus camaradas. Al atravesar el patio de los Príncipes para acercarse al fuego de fusilería del patio Real, una descarga de metralla disparada en la puerta de los Príncipes hirió á un gran número, y fué á dar en las paredes y ventanas de las habitaciones de la reina. Reducida á ciento cincuenta combatientes esta columna, vuelve atrás, marcha á paso de ataque sobre los cañones, los toma, entra en el Carrousel, apaga los fuegos de los marseleses, y regresa á las Tullerías por la puerta Real. Los dos cuerpos se trajeron los cañones, y dejando á los heridos en el vestíbulo, entraron de nuevo en palacio.

Los suizos apartaron los cadáveres que yacían en el vestíbulo para hacer lugar á sus heridos. Las gradas y las columnas chorreaban sangre. Por su parte, Mr. de Salis se trajo por el jardín las dos piezas que fué á tomar á la puerta del Picadero; sus soldados, abrasados á la ida y á la vuelta por el fuego cruzado de los batallones de la guardia nacional que ocupaban el terraplen de la orilla del río y el de los Fuldenses, habían dejado treinta hombres, de ciento que eran, muertos ó malheridos en el camino, no respondiendo ni con un tiro á este fuego inesperado de la guardia nacional. La disciplina pudo más en ellos que el instinto de su propia conservación. Su deber era morir por el rey, y murieron sin disparar sobre un uniforme frances.

Si en el instante de la evacuacion repentina de las Tullerías y del Carrousel, á consecuencia de la salida de los suizos, estos soldados extranjeros hubiesen sido secundados por alguna caballería, la insurreccion, rechazada y cortada en todas partes, hubiera cedido el campo de batalla á los defensores del rey. Los novecientos hombres de la gendarmería apostados desde el día anterior en el patio del Louvre, en la plaza del Palacio Real, en los Campos Elíseos y á la entrada del Puente Real por el lado de la calle del Bac, eran más que suficientes para sembrar el desorden en las masas confusas y desarmadas del pueblo; pero este cuerpo, con el que se contaba mucho en palacio, quedó abandonado á sí mismo, y se inutilizó por la falta de pericia ó de decision de sus jefes. Desde la llegada de los marseleses al Carrousel, los quinientos gendarmes del patio del Louvre dieron señales inequívocas de insubordinacion, respondiendo á las excitaciones de las bandas armadas que pasaban por los diques, y levantando sus sombreros dando las voces de *¡Viva la nacion!* Al primer cañonazo que resonó en el Carrousel, montaron precipitadamente á caballo, y se creyeron encerrados en este recinto para ser víctimas. El mariscal Mailly les envió orden para salir por escuadrones por la puerta de la Columnata, cortar el ejército de Santerre dando una carga sobre el dique, y dividirse en seguida en dos cuerpos para rechazar con uno al pueblo hácia el arrabal de San Antonio, y con el otro echarle hácia los Campos Elíseos. Allí otro escuadron de gendarmería que estaba formado en batalla en la plaza de Luis XV, llevando consigo algunas piezas de artillería, debía cargar á aquellas masas, y presentárselas al rey despues de haberlas hecho prisioneras. Mr. de Rulhieres, que mandaba esta gendarmería, reunió los oficiales para comunicarles la orden; pero todos le respondieron que sus soldados los abandonarían, y que para conservar, al ménos en la apariencia, algun imperio sobre ellos, y evitar una desercion manifiesta, era necesario alejarlos del campo de batalla y llevarlos á otro punto. «¡Cobardes!—exclamó indignado un oficial, dirigiéndose á los soldados.—Si no quereis más que correr, id á los Campos Elíseos, que allí hay bastante sitio.» En el mismo instante en que titubeaban los espíritus, la multitud de fugitivos que se escapaban en el Carrousel del fuego de los suizos invadía el patio del Louvre, metiéndose en las filas entre los caballos, gritando: «¡Que matan á nuestros hermanos!» A estos gritos, la gendarmería se desbanda, yendo por pelotones á la puerta que conduce á la calle del Gallo, y se escapa á galope por todas las calles inmediatas al Palacio Real.

Los suizos habían vencido; los patios estaban desocupados, tomados los cañones, y el silencio reinaba en torno de las Tullerías. Los suizos cargaron sus armas y formaron á la voz de sus oficiales; los nobles rodearon al mariscal Mailly, suplicándole que formase una columna de ataque con todas las fuerzas disponibles que quedaban aún en palacio, y que se trasladase al Picadero con la artillería; que reuniese los quinientos hombres de la escolta del rey que estaban formados aún en batalla en el terraplen de los Fuldenses, que llamase á los suizos que se habían quedado en el cuartel de Courbevoie, y que saliese de Paris con la familia real, llevándola en el centro de esta respetable columna. Los criados del rey, las damas de la reina y la princesa de Lamballe se agolparon á las ventanas de palacio, teniendo el alma y la vista fijas en la puerta del Picadero, creyendo á cada momento ver salir la comitiva real para concluir y utilizar la victoria de los suizos;

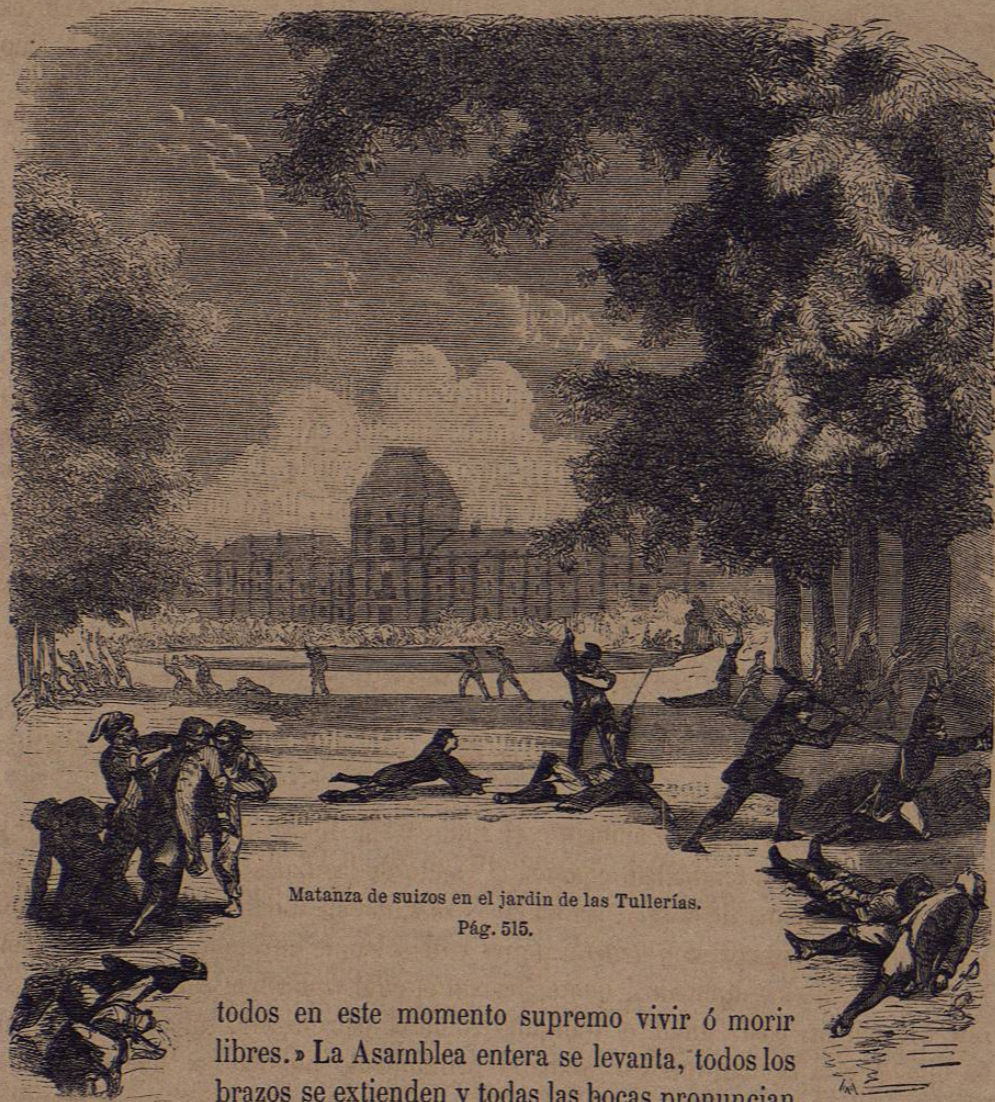
pero ¡vana esperanza! aquella victoria sin resultados no fué sino uno de esos cortos intervalos que las catástrofes inevitables dejan á las víctimas, no para triunfar, sino para darles un respiro.

VII

Los cañonazos de los marseleses y las descargas de los suizos resonando inopinadamente en las bóvedas del Picadero, habian causado sensaciones muy distintas en el corazon de los hombres cuyos destinos se decidian á algunos pasos de aquel recinto por un combate invisible. El rey, la reina, madama Isabel y el reducido número de amigos fieles encerrados con ellos en la tribuna del logógrafo, ¿podian disculparse en lo íntimo de su alma de hacer votos involuntarios por el triunfo de sus defensores, y de responder con las palpitaciones de la esperanza á cada descarga de un combate cuya victoria los salvaba y los coronaba de nuevo? Sin embargo, ocultaron bajo la dolorosa consternacion de sus fisonomías la alegría secreta que podian tener en su corazon. Manifestáronse, pues, moderados ante sus enemigos y ante el mismo Dios, que les hubiera pedido cuenta de la sangre derramada si hubiesen sido capaces de alegrarse al verla correr. Nada se traslucía en sus facciones, sus corazones estaban cerrados y sus pensamientos suspensos al oír el estruendo exterior que les hacía escuchar pálidos y en silencio el estrépito con que estallaba su destino en aquellas detonaciones.

Los cañonazos iban en aumento; el ruido de la fusilería parecia acercarse y crecer; los cristales temblaban como si el viento de las balas les hiciese conmover al pasar por encima de la sala; las tribunas se agitaban y daban gritos de espanto y de horror. Una expresion general de ira y de solemne intrepidez se esparció por las facciones de los diputados, que aplicaban el oído y miraban con indignacion al rey. Vergniaud, triste, mudo y tranquilo como el patriotismo, se cubrió en señal de luto. A esta accion, que expresaba el pensamiento público por una señal, los diputados se levantan bajo el impulso de una impresion eléctrica, y sin tumulto y sin vanos discursos dan unánimemente el grito de *¡Viva la nacion!* El rey se levanta á su vez y anuncia á la Asamblea que acaba de enviar orden á los suizos para que cese el fuego y para que se vuelvan á sus cuarteles. Mr. D'Hervilly salió para llevar esta orden á palacio, y los diputados se sentaron y esperaron algunos minutos en silencio el efecto que produciría la orden del rey.

Súbitamente las descargas de fusilería, más próximas aún, resuenan en la sala; éstas procedian de los batallones de la guardia nacional del terraplen de los Fuldenses, que hacian fuego á la columna de Mr. de Salis. Entónces desde las tribunas gritaron que los suizos vencedores estaban á la puerta y venian á degollar á los diputados en el recinto de sus sesiones. En seguida óyense algunos pasos precipitados y el choque de armas en los corredores. Algunos hombres armados se empeñan en penetrar en la sala, pero varios diputados se ponen delante intrépidamente y los rechazan. La Asamblea cree que los suizos vencedores iban á inmolarla á su venganza, y el entusiasmo de la libertad la embriaga de una fúnebre alegría. Ni un solo movimiento de terror envilece á la nacion, que iba á morir en ella. «Este es el momento de sucumbir dignos del pueblo en el puesto á que nos ha enviado», — dijo Vergniaud. A estas palabras, los diputados vuelven á sus bancos. «Juremos



Matanza de suizos en el jardin de las Tullerías.
Pág. 515.

todos en este momento supremo vivir ó morir libres.» La Asamblea entera se levanta, todos los brazos se extienden y todas las bocas pronuncian el juramento. Las tribunas, conmovidas por este movimiento heroico, se levantan con la Asamblea. «¡Nosotros—dicen—también juramos morir con vosotros!»

Los ciudadanos que se agolpaban en la barra, los periodistas en sus tribunas, y aún los secretarios del logógrafo, puestos en pié al lado del rey, extendieron la mano para jurar y agitaron con la otra sus sombreros en el aire, asociándose por un irresistible ímpetu á esta aceptacion de la muerte por la causa de la libertad. No fué éste un juramento de mera fórmula, ni de aquellos en que los cuerpos políticos arrostran peligros imaginarios desafiando á la debilidad; la muerte se mecía sobre sus cabezas y llamaba á sus puertas; ninguno sabía el éxito del combate. El corazon de los ciudadanos salió al encuentro del acero, y la muerte los hubiese herido en medio del entusiasmo y de la alegría de su juramento. Los oficiales suizos se retiraron, las descargas fueron disminuyendo y alejándose, y los diputados, las tribunas y los espectadores se quedaron algun tiempo en pié con los brazos extendidos y mirando á la puerta. El peligro habia pasado ya, y aún estaban en esta postura; de suerte que parecia que el fuego del entusiasmo les habia herido. La historia repetirá siempre este acto de heroísmo, cuantas veces quiera hacer respetar la cuna de la libertad y engrandecer la imagen de las naciones.

Los suizos que habian ocasionado este movimiento eran unos oficiales de la escolta del rey que buscaban un refugio en aquel recinto para evitar el fuego de los batallones del terraplen de los Fuldenses. Se les hizo entrar en el patio del Picadero, y se les desarmó de órden del rey.

Durante esta escena, Mr. D'Hervilly llegó á palacio atravesando por medio de las balas en el momento en que la columna de Mr. de Salis volvia con los cañones. «Señores,—les dijo desde lo alto de la azotea del jardin cuando pudo hacer oír su voz,—*el rey os manda ir todos á la Asamblea nacional.*» Añadiendo por sí mismo, y como última idea de prevision en favor del rey, *con los cañones.* A esta órden, Mr. de Durler reune cerca de doscientos hombres, hace arrastrar un cañon desde el vestíbulo al jardin, tratando en vano de descargarlo, y se pone en marcha para la Asamblea, sin que los otros puestos exteriores, que no estaban prevenidos de esta retirada, tuviesen tiempo para seguirle. Esta columna, acibillada en su marcha por las balas de la guardia nacional, llegó en desórden y mutilada á la puerta del Picadero; en seguida es introducida dentro de los muros de la Asamblea, en donde rinde las armas. Informados los marseleses de la retirada de una parte de los suizos, y testigos de la defeccion de la gendarmería, marcharon por segunda vez adelante. Las masas de las arrabales de San Marcelo y San Antonio inundaron los patios. Westermann y Santerre les mostraron, sable en mano, la escalera principal, y los impulsaron al asalto cantando el *Ça ira*. La vista de sus camaradas muertos y tendidos en el Carrousel los exaspera y les hace arder en deseos de venganza, no siendo ya los suizos á sus ojos más que unos asesinos pagados. Cada uno se propone y jura interiormente lavar el suelo y el palacio con la sangre de aquellos extranjeros, y todos se precipitan como un torrente de picas y bayonetas bajo las anchas bóvedas del peristilo. Otras columnas, rodeando el palacio, penetran en el jardin por la puerta del Puente Real y del Picadero, y se agrupan al pié de las paredes. Tráense entónces seis cañones de la casa de la ciudad, y puestos en la esquina de las calles de San Nicasio, de las Ortigas y de la Escala, lanzan balas y metralla sobre palacio.

Los débiles destacamentos esparcidos por las habitaciones se reunen sin órden ni concierto en el puesto más inmediato. Ochenta hombres se agrupan en las gradas de la escalera principal, haciendo desde allí un fuego graneado que deja tendidos en el vestíbulo cuatrocientos marseleses. Los cadáveres de éstos sirven de escala á los demas para trepar á la posicion. Los suizos se repliegan lentamente de escalon en escalon, y van cediendo el terreno á palmos, dejando una fila de cadáveres en cada grada; el fuego disminuye á proporcion que van cayendo, pero todos disparan hasta morir. El último tiro anuncia la muerte del último suizo.

Ochenta cadáveres están atravesados en la escalera, y desde aquel instante el combate se convierte en una carnicería. Los marseleses, los de Brest, los federa-dos y el pueblo inundan las habitaciones. Los suizos aislados que encuentran son inmolados en todas partes; algunos tratan aún de defenderse, y no consiguen más que añadir al furor de sus asesinos los horrores de su suplicio. La mayor parte arrojan las armas á los piés del pueblo, se arrodillan y ofrecen impávidos la cabeza á los golpes de sus enemigos; otros piden la vida, pero los agarran por las piernas y por los brazos y los lanzan vivos por las ventanas. Un peloton compuesto de diez y siete hombres se habia refugiado en la sacristía de la capilla. Así que los

descubren, y por más que el estado de sus armas, que enseñan al pueblo, atestiguan que no habian hecho uso de ellas en la jornada, son desarmados, se les desnuda y son degollados inmediatamente en medio de los gritos de *¡Viva la nacion!* Ni uno solo pudo salvarse.

VIII

Los que se encontraban en el momento del ataque en el pabellon de Flora y en las habitaciones de la reina, se reunieron á doscientos nobles y algunos guardias nacionales, al mando del mariscal Mailly, y formando una masa como de quinientos combatientes, trataron de obedecer la órden del rey, evacuando el palacio militarmente para ir al lado de su persona á la Asamblea. La salida que daba al patio estaba ocupada por el pueblo y batida por la artillería; la del jardin todavía era practicable, aunque tenia que sufrir el fuego de los batallones del arrabal que ocupaban el Puente Real y las orillas del rio. La columna tomó esta direccion, pero la verja de la Reina que daba entrada al jardin estaba cerrada. Aunque se hicieron esfuerzos desesperados para forzarla, la reja resistió largo rato, hasta que al fin se consiguió romper una de las barras de hierro macizo con las bayonetas, dejando una abertura por donde no podia salirse sino uno á uno. Por este estrecho portillo tuvieron que salir quinientos soldados, entre nobles y guardias nacionales, exponiéndose á los tiros certeros de dos batallones. Salieron, sin embargo, porque los clamores de sus compañeros asesinados á sus espaldas les hacian preferir una bala pronta y mortal á una carnicería lenta y atroz. Los siete primeros que salieron cayeron al mismo tiempo de atravesar la reja, y los demas pasaron á la carrera sobre sus cuerpos y se dirigieron á escape al jardin. Los uniformes encarnados de los suizos sirvieron de blanco al fuego de los batallones, y este encarnizamiento contra los suizos salvó á los nobles. Las balas escogian á los extranjeros y perdonaban á los franceses. Todos los suizos murieron. De los criados del rey y los voluntarios sólo mataron dos, que fueron Mr. de Clermont d'Amboise y Mr. de Casteja. Los otros se guarecieron detras de los árboles, que los protegieron algun tanto, pero recibieron á boca de jarro la descarga cerrada de un puesto de la guardia nacional situado en medio del jardin, dejando treinta muertos en el paseo principal ántes que consiguiesen llegar á la puerta del Picadero. Allí, Mr. de Choiseul, en nombre del rey, se puso intrépidamente delante de ellos con la espada en la mano, y penetró en el recinto de la Asamblea para poner á aquellos franceses bajo la salvaguardia de la nacion.

El resto de la columna fugitiva de palacio se abre paso por el puente levadizo, cubriéndose con los árboles, cuyos troncos son deshechos por las balas de cañon y de fusil. Una descarga á metralla disparada desde el puente rechaza aquella fuerza hácia el terraplen del invernadero. Sesenta suizos y quince nobles muerden el polvo en el pretil del estanque grande, debajo de la estatua de César. Otra gran parte de ellos, heridos por las balas ó por las ramas que caen de los árboles sobre sus cabezas, escapan á la muerte, tiñendo con su sangre el patio principal. Los señores de Virieu, de Lamartine y de Viomenil fueron de este número. Al llegar al pié del terraplen del invernadero, estos oficiales deliberaron lo que habian de hacer en medio de un fuego horroroso, y se dividieron en dos opiniones y en dos